

Transgresiones de la sensibilidad

Encrespada a su manera

pensamientos colocándose, sin ningún problema, en que jamás hubiese debido hacerse cargo de parte tan delicada de una empresa que, a la larga, terminaría por implicar – y en ocasiones hasta por involucrar, elevando su índice el abuelo y manteniéndolo en alto mientras nos miraba de hito en hito y uno por uno — a muchos que, quién podría saber si incluso en su mayor parte, no estaban siendo inocentes...o casi y, ya puesto en vereda, que de cualquier modo y tal cual queda dicho era la mencionada Orfelina (pues que así vamos a llamarla) quien tenía, allá ella y que se las apañase como Dios o su muy cuestionable criterio — el de ella, no el de Dios ¡que Dios le librase!, quiso puntualizar, como era tan piadoso que quién ni aun la mismísima Vanesa (la misma Vanesa a la que por el momento vamos a relegar, sugirió doña Loreto, al olvido, no se supo al pronto si por ganar tiempo o porque la alarmase los buenos ojos con que, se había dado cuenta en varias ocasiones, la miraba Felipe) se habría atrevido a poner en tela de juicio — le dieran a entender, que abrir la marcha sin más pertrechos ni equipaje que sus exiguas explicaderas y, en las manos y porque no las llevase vacías ya que pretextó que se iba a sentir desamparada, uno o varios objetos cualesquiera que le resultaran habituales o cotidianos porque esas jovencitas con tanto arrojo — mujer obsesiva y madre posesiva doña Loreto — son muy lagartas por los que ya podía, a su libre elección, ir decantándose.

Se decantó tras alguna vacilación por los *habituales* que el abuelo pronunció como quien nombra algo requetesabido de forma que, nos dimos cuenta en seguida, aunque como decía Gema no os pongáis huecos como pavos reales que para eso no hay que ser ningún lince, de que se trataba de una bolsa de lona, azul, con cremallera en la que la del quinto B, que era su musa, llevaba...

– ¿Por qué era su musa? — Distraída, sin levantar apenas la cabeza cualquiera de las señoritas.

–Porque reunía cumplidamente en lo que él suponía su persona de carne y hueso todas las características que se sentía obligado a detestar en cumplimiento fiel de su contrato en el que figuraba, en letra bien grande, la condición inexcusable de que había de ser un viejo malhumorado de esos que odian a todo el mundo, aunque a veces, y bajo el pretexto de su avanzada edad y de su cabeza tan perdida, hacía como que se le olvidaba.

¿No era una gloria?

Criaturas tan espabiladas como aquella Georgina eran las que devolvían, sin trastabillar ni atascarse, de corrido, la fe en la humanidad a la señorita de turno.

Transgresiones de la sensibilidad

Encrespada a su manera

No se deshacía en elogios, sin embargo, que luego se acostumbraban y... Así que, conteniendo la emoción:

– ¿Quién sigue?

–...llevaba...

En este punto las señoritas, Berta o Ernestina u Oriana, no podían seguir mostrándose inmersas en corregir dictados o atareadas en seguir poniendo ceros, tan tranquilas, a troche y moche, y exigían, de forma imperativa y apremiante, una explicación admisible de cómo el abuelo, tan corto de vista, podía desde tan lejos y levantando nada más el pico de la cortina ver qué llevaba.

–Bueno — la Prieto —: él lo sabía porque como le gustaba verla la vigilaba levantando un pico de la cort...

– ¡Ahí iba yo! — la señorita, no hará falta repetir Berta o Ernestina u Oriana —: Que no es posible... ¿Estamos?

Pero que, como se limitaban a repetir como loros lo que les soplaba la de atrás sin ni fijarse, pasaba lo que pasaba.

–Que llevaba algo, claro, sabía; él no podía ver lo que llevaba.

– ¡Eso, mira tú, ya es otra cosa!... ¿Qué pasa con la siguiente?

–Comida — Cora.

– ¿Podrías ser un poquito más explícita?

–Todas las noches; a eso de las once u once y media.

– ¿Y?

– Lo sabíamos porque una noche mandamos a Carlitos, el nieto pequeño de doña Regina que había sido soprano, muy célebre, del tercero C, seguirla con sigilo y que nos lo contara.

– ¡Para que veáis cómo, cuando se os aprietan un poquito las clavijas, os encarriláis tan estupendamente! Pero sigue.

–Para los gatos... paté, preferentemente que es lo que más les gustaba, al parecer, según nos dijo, aunque también les dejaba un poco de pienso “por si alguno llega con retraso” ... que había murmurado, dijo.

– ¿Quién?

–Carlitos — y, sin aguardar esta vez a que la impaciencia de la señorita se vuelva a poner de manifiesto, de un tirón —: aunque y pese a la distinción de que estaba siendo objeto por el hecho a todas luces insólito de que se la invitase a “¿qué prefieres, chocolate con bizcochos o té con

Transgresiones de la sensibilidad

Encrespada a su manera

pastas?” elegir, todavía acertó “¿invitarla?” a emitir cierta débil objeción protestando “¿a ella?”, con el corazón encogido y la garganta seca, que no, que no quería ir, mamá, que era mentira y que, además, no iba a saber desenvolverse...